

La Vida Ejemplar de Wellington Andreoletti

UN DISCURSO DEL Dr. ARTURO ARDAO

Vencemos hoy, con esfuerzo, la íntima resistencia a hablar o escribir sobre Andreoletti que más de una vez, en los días de su muerte, nos dominó. Resistencia venida del dolor que paraliza, de la emoción que oprime y deja sin voz ni sentido a las palabras. La vencemos hoy, disciplinando viejos y frescos recuerdos, para evocar a nuestro gran ausente, con sencillez, con intimidad, entre estos jóvenes amigos que en los últimos años lo tuvieron tan cerca en la acción y en el corazón. Ellos quieren que se diga aquí algo, siquiera, de lo que fué su vida.

Quijano lo describía, al despedirlo, en la imagen con que a los dieciocho años entró al combate, allá por 1930: adolescente tímido y frágil, pequeño de estatura, menudo de cuerpo, ágil y nervioso. Lo vemos así nosotros también, que lo conocimos, bien lo recordamos, muy poco antes, en el tránsito feliz de los cursos preparatorios. El tenía ya aquella que habría de ser luego llamativa condición suya, sino de la frescura permanente de su espíritu: la de cavar siempre amistad en quienes venían detrás suyo en la carrera del tiempo, creándose nuevos y renovadores afectos sin perder ni amenguar los antiguos. Un año anterior a nosotros en los estudios, lo vemos por entonces a nuestro lado en lejanos corredores universitarios, con la precoz expresividad del cuerpo y los gestos, con la entrañable irquisición de la mirada en el alma de los otros, para descubrir o exaltar, cordialmente, las inquietudes mejores.

Cuando en vísperas de los comienzos del 31 nos acercamos al círculo de "El Nacional", tenía ya un año de fogueo en aquel diario, efímero y grande, en que hizo sus primeras armas. Entre los decisivos encuentros de allí, el suyo fué un reencuentro, al par que un redescubrimiento. La espiritual movilidad de abeja ática que le conocíamos del claustro, resultó ser a la vez de hormiga laboriosa. Una insaciable hambre de acción lo tenía en un subir y bajar de escaleras en el viejo caserón de la Plaza Matriz, de la redacción al taller, del taller a las reuniones, escribiendo, discutiendo, haciendo, siempre presente, siempre eficaz. Quedó el perfil de su carácter fijado de un trazo en aquellas intensas e involuables jornadas.

El contraste electoral arrastró al diario y dispersó no pocas voluntades. Surgió entonces el semanario "Acción", en marzo de 1932. Por debajo del magisterio y el impulso de Quijano, fué en él Andreoletti el mentor inmediato de los que nos iniciábamos, volviendo a ser lo que había sido en los últimos días de "El Nacional". En el vasto taller casi enteramente re-

char hasta qué punto hubiera desorganizado momentáneamente determinados aspectos de la acción opositora, reduciendo a aquel endeble muchacho de poco más de veinte años — a quien había tenido ocasión de conocer bajo la legalidad — más eficiente, más discreto, más intrépido, que tantos de quienes temió que pudieran hacer algo y nada hicieron. Porque no fué la prensa — continuada luego "Acción" — la única, ni siquiera la principal de sus formas de lucha.

Actuó en primera fila en el movimiento universitario de resistencia, colaborando con su experiencia periodística en "Jornada", el órgano de la Federación de Estudiantes, mezclándose en los encuentros callejeros y debiendo visitar, en redadas estudiantiles, los calabozos policiales. Actuó como insustituible secretario general de nuestra agrupación política y pieza maestra, entonces al igual que después, de nuestra organización en Montevideo, representándola al mismo tiempo en diversas autoridades del viejo nacionalismo independiente. Pero actuó además en otro terreno que era para él el preferido: el de la acción directa y la consiración. Participó en difíciles

ción de consignarlo hoy aquí — de una brega que quedará para siempre sin historia, y que de algún modo hizo, sin embargo, historia.

Después de aquellos años, mientras en el país se cerraban los caminos revolucionarios, la lucha de adentro sé hizo una sóla con la universal que promovían el avance del fascismo, la guerra de España y luego la segunda guerra mundial. Y en ella Andreoletti siguió siendo el que era. Había hecho con lucidez su elección y fué fiel a ella. Humildemente, heroicamente. Para consagrar con laica religiosidad su vida a la acción, no le fué sacrificio renunciar a las frivolidades de su adolescencia de niño mimado, ni a la conquista de bienes materiales que desdeñaba desde el fondo de su alma. Pero le fué sacrificio, sí, a conciencia sobrelevado sofocando una superior vocación intelectual, renunciar a los refinamientos de la cultura a que lo empujaban su universal curiosidad, su inteligencia rápida y finísima, su sensibilidad delicada, que no todos le conocían bien; aquella compleja, y por veces desconcertante conformación de su espíritu, resultado de no sé qué alquimia, en su ancestro italiano del norte, de esencias latinas y germanas. El tiempo del desprecio era tiempo de hacer y el hacer le devoraba las horas mejores.

Ahora sabemos que también le devoró la vida. Tanta entrega sin tasa gravó con fatalidades orgánicas su constitución precaria. Sin dejar de ser el combatiente indeclinable de siempre, era visible en los últimos tiempos la angustiosa tensión de su voluntad por triunfar, como triunfaba, de los decaimientos del cuerpo. Hasta que, débil junco batido durante años, sin pausa y sin piedad, por el viento de su apasionada milicia, se quebró hace hoy dos meses, a la altura del corazón, estoico y silencioso como había vivido y había luchado... ¿Y qué? Al darlo todo, hasta la vida, todo lo había ganado. Porque, había conquistado un re-

tró al diario y dispersó no pocas voluntades. Surgió entonces el semanario "Acción", en marzo de 1932. Por debajo del magisterio y el impulso de Quijano, fué en él Andreoletti el mentor inmediato de los que nos iniciábamos, volviendo a ser lo que había sido en los últimos días de "El Nacional". En el vasto taller casi enteramente reducido a quietud, su actividad era universal: removía trabajos, componía titulares, armaba las páginas, se sentaba a la linotipo si era necesario. Todo, sin dejar de escribir sus cálidas notas de política internacional o filosofía de la historia contemporánea, que reflejaban el humanismo de su cultura en formación, y en las que ponía, a veces, estremecimientos apocalípticos, su sentido trágico de la existencia humana.

En marzo del 33 el golpe de Estado lo sorprendió en la imprenta, con sus compañeros, a punto de lanzar a la calle un número de "Acción". Apenas hubo tiempo para rehacer dos páginas condenando los sucesos, y enviar el periódico, única expresión de prensa libre aquel día, a distribuirse en el entierro de Brum. No había terminado éste cuando ya la policía ocupaba el taller y clausuraba nuestra hoja. Prensa clandestina, fué desde ese momento la consigna. Pues bien, tenemos la certidumbre de no ceder ante un sentimiento de benevolencia póstuma, dictado por la amistad o el compañerismo, si decimos que en ese terreno de la lucha contra la dictadura, nadie, en ninguno de los partidos opositores, aventajó en dinamismo y sacrificios, si es que alguien le igualó, a Wellington Andreoletti. Hombre llave de hojas como "Rebelión" y "El Combate", primero, y "La Vispera" más tarde, además de poner en ellas, como otros muchos, sus quemantes apóstrofes, les entregó largas horas de esfuerzo material en una tarea de suyo delicada y riesgosa.

La dictadura tuvo en él desde el primer día un implacable y tenaz adversario. Por cierto que el dictador nunca pudo sospe-

cionar. Actuó como insustituible secretario general de nuestra agrupación política y pieza maestra, entonces al igual que después, de nuestra organización en Montevideo, representándola al mismo tiempo en diversas autoridades del viejo nacionalismo independiente. Pero actuó además en otro terreno que era para él el preferido: el de la acción directa y la conspiración. Participó en difíciles episodios de los que fué sin disputa —nos asiste aquí la misma certidumbre de objetividad— el protagonista de mayor temeridad y más iniciativa, hasta azorar por sí solo un día a las mismas guardias del Palacio de Santos; colaboró con los más activos jefes de la insurrección civil en la capital, ayudando a cargar con sus manos las granadas que debieron ser, y al fin no fueron, el arma del pueblo contra la tiranía; llegó en abril del 34 al sur del Brasil a ponerse a las órdenes de Basilio Muñoz; y en enero del 35, al estallar la revolución, integró el puñado de estudiantes que hubieron de intervenir en el frustrado levantamiento del cuartel de Florida, siendo detenidos cuando en cumplimiento de compromisos a los que otros faltaron, se dirigían a dicha ciudad.

A esa acción se entregó durante años, febril y cerebral al mismo tiempo, obstinado, silencioso, sin horas para el alimento ni para el sueño, exigente con los otros —pero más consigo mismo— fanático del deber y del honor. Solía invocar en ella una ética de la voluntad que era de expresa inspiración nietzscheana, a veces, y a veces estoica. Pero infundiéndole tal viviente y conmovedora abnegación de sí mismo por su ideal de libertad y el bien anónimo del pueblo, que más parecía, en la aguda conciencia filosófica y moral de su actividad carbonaria, una inquietante ráfaga de la vieja novelística eslava. Así vemos a través del recuerdo al Andreoletti de los años 33 al 36, entre los veintiuno y veinticuatro de su edad, como la estamos mejor —sentimos la obliga-

ción de su valerosa voluntad por triunfar, como triunfaba, de los decaimientos del cuerpo. Hasta que, débil junco batido durante años, sin pausa y sin piedad, por el viento de su apasionada milicia, se quebró hace hoy dos meses, a la altura del corazón, estoico y silencioso como había vivido y había luchado... ¿Y qué? Al darlo todo, hasta la vida, todo lo había ganado. Porque, había conquistado un recuerdo resplandeciente en la memoria de los que lo conocieron, y pudo decirse tranquilo en su última hora, que había cumplido con grandeza, sin la impaciencia del éxito, la confortante norma de Schiller: "Imprime al mundo en que trabajas la dirección hacia el bien, que el manso ritmo del tiempo traerá su desenvolvimiento".

Con esos elementos y datos fundamentales tendría que operar quien fuera su biógrafo o un estudioso de su carácter. ¿Pero qué no podríamos decir aún quienes fuimos sus compañeros y amigos? Ayer nomás estaba todavía entre nosotros, y nos parece que tendrá que seguirlo estando siempre, con el fuego inextinguible de su idealismo que ardía en sus ojos claros, con la poderosa energía y el acorado temple de su voluntad, increíble en el breve manejo de nervios y músculos que era su armadura corpórea, con el personalísimo revolotear de sus manos realizadoras e inquietas, con su lealtad, con su ruda franqueza, con su valentía, duro cuando combatía a la dictadura, al imperialismo, al privilegio, bondadoso hasta ser tierno cuando se acercaba al desvalido o al humilde. ¿Qué no podríamos decir aún nosotros, que debemos tanto a su amistad y a su ejemplo, y que tan cerca lo sentimos cada vez que volvemos sobre nuestro propio pasado? ¡Grande y noble amigo! Hemos de decir, simplemente, que el tiempo, destructor y fugitivo, será impotente en nuestros ojos para velar su imagen, y en nuestro espíritu para deshacer los lazos que lo tenían —y lo tienen— atado al suyo.